

TEATROS

UNA HERMOSA E INTENSA VELADA OFRECIO EL ESTABLE DE TURIN CON "LA JUSTICIA" DE GIUSEPPE DESSI

TEATRO PARA APRENDER

El espectáculo con que el martes de noche se presentó ante el público montevidéano el Teatro Estable de la ciudad de Turin es una prueba irrefutable de la excelencia, de la madurez, del talento y del respaldo que la cultura italiana puede dar a un conjunto, que a pesar de tener sólo unos años de fundado, ejemplifica sobre el teatro nacional de un país.

No caben las reservas al juzgar a esta compañía. Es sencillamente de primera. No bien se levantó el telón inicial sobre el estupendo marco escenográfico que sirve y ambienta a "La Justicia" (relato dramático en 3 actos de Giuseppe Dessi) se tuvo ya la impresión de estar ante una compañía que cuida los detalles hasta poner en descubierto el matiz.

Las excelencias de todo orden que caracterizan al conjunto y que fueron saliendo a luz a lo largo de la velada, tuvieron en ese primer impacto cromático, luminotécnico y plástico, la fuerza de una revelación.

Desde cualquier punto de vista es admirable el resultado que logra el Stabile con "La Justicia" obra que llega precedida del Neptuno de Oro del Festival de Bolonia celebrado en 1959 y que obtuvo el Primer Premio en Saint Vincent en el mismo año. La pieza merece esas distinciones y muchas otras más. Sus virtudes son esencialmente dramáticas. Sirve al teatro y no se vale de él al enfocar un tema que se hubiera prestado para la vociferación desmedida, los diálogos frondosos y las explicaciones literarias innecesarias. Nada de eso ocurre sin embargo en "La Justicia" que transmite toda su dramaticidad, a través de diálogos funcionales que saben hallar las palabras justas para decir y divulgar el apasionante conflicto judicial y humano de este drama realista que avanza en escena con el apasionado interés de una inteligente obra policial y que deriva de la visión fantástica de una jovencita de pueblo ("no se si es una histérica o una misticadora" dice el jefe de los carabinieri) que declara haber visto a una anciana con la cabeza destrozada y el rostro cubierto de sangre. El tema central de la obra tiene en esa visión el punto de partida. Pronto sabemos que la occisa

se llama Lucía Giorri y que su asesinato ocurrió quince años atrás. El viejo crimen cobra nueva vigencia en la gente del pueblo. Se reabre el proceso. Pietro Manconi, uno de los acusados de entonces que fuera absuelto por carencia de pruebas es de nuevo interrogado. Y la verdad va saliendo a la luz. A golpes, como los campesinos quieren hacer salir los malos espíritus de adentro de la cabeza de la visionaria "como si fuera un zapallo seco". "Se tiene derecho a aprender pagando" expresa melancólicamente Pietro Manconi. "Cierto. Pero un Juez aprende siempre y los que pagan son los demás" responde el magistrado. La gente del pueblo es llamada a declarar ("cien cabezas, cien sombreros"). La pasión cubre con sus nubarrones este perdido pueblo de Cerdeña que clama justicia. El Juez quiere llegar a la verdad. El acusado está de nuevo frente a viejos y recién nacidos prejuicios. Sus vecinas (las Giorri, hijas de la muerta) se levantan acusadoras como Furias, secas y sin jugo, con sus resentimientos y sus vidas frustradas. La gente del pueblo se exalta. Pero más que descubrir el pasado, lo que sacan a luz es su temor a decir la verdad, la vanidad, el miedo, la prepotencia, la incredulidad, los prejuicios. De esos elementos obtiene el autor las saetas que atraviesan como fuego cruzado las olas de crítica social que va levantando de manera sutil y penetrante. Frente a la justicia oficial, implacable y solemne, la justicia del pueblo. Ese conflicto desborda el planteamiento meramente regional. Se utiliza a un grupo de aldeanos de Cerdeña. Pero bien se sabe que la proyección de sus conciencias tiene un ambicioso sentido ecuménico. Su callejuela empinada y sin salida, donde debaten sus dudas y

plantean sus reclamaciones, es a la larga una alegoría del pequeño mundo, de la conciencia universal, de la ignorancia y el miedo humanos, del mecanismo que pone en marcha la autoridad del estado.

El individualismo siempre ha sido una característica de los escritores italianos. En esta obra de Dessi se reconoce asimismo el realismo psicológico que implantaron en la novela Moravia y Pavese. Casi todos los autores peninsulares actuales fueron tocados por la guerra. Padecieron la falta de libertad decretada por el fascismo. Como sus colegas, Dessi (que es también novelista) no intenta formar escuela sobre el escenario, pero conserva intacta su independencia y sus características individualistas. Aunque a simple vista "La Justicia" pueda parecer una obra vaciada en los viejos moldes teatrales, no esconde mucho tiempo una fina sensibilidad moderna, cuando trata de comunicar la acción interior que se desprende de una intriga magistralmente dosificada. El idioma es severo, modela precisamente cada situación y redondea los personajes, está mechado de sentencias populares y de expresiones corrientes. En ningún momento Dessi se pone solemne para encarar el tema profundo que subyace en toda la obra como un leitmotiv y llega al lirismo sin rozar siquiera la literatura.

La versión a cargo del Estable de Turin transmite la fuerza de la obra de Dessi con una solvencia arrolladora. Es una puesta en escena donde todo tiende a la armonía. Cada cosa está en su lugar. Todo tiene su justificativo. Es el resultado de un admirable trabajo en el cual el director Giacomo Colli ha sabido concertar sablamente y con inusitada nobleza los medios expresivos del teatro moderno.

Si la planta escenográfica es espléndida, en color y en volúmenes, y sirve a la acción con cronometría funcional, la iluminación logra efectos de plasticidad que no son ajenos a la maestría. Como rendimiento colectivo, los resultados del Stabile en este primer trabajo ante nuestro público, son sencillamente notables. Sin embargo, parece imposible no poner el acento sobre algunas actuaciones individuales. Paola Borboni como María Giorri ratificó ampliamente su fama proclamada y previa, de ser una de las actrices mejor dotadas de la escena italiana. Como Pietro Manconi, el excelente Filippo Scelzo, cumló una actuación conmovedora, ejemplo de matizaciones, con escenas para el recuerdo como aquella en que a campo abierto evoca al Juez los fundamentos de su coartada.

Resultaron igualmente convincentes la notable característica Gina Sanmarco, la honda comprensión con que Renzo Giovampietro dio el retrato del Juez y el patetismo de Franca Tamantini a cuya responsabilidad quedan las últimas palabras de un texto rigurosamente dramático.

"La Justicia", sería la consagración para cualquier conjunto. Y el Stabile sabe aprovechar la ocasión de admirar con su impecable e inspirada fuerza teatral.

Como lección puede servir de provecho a muchos. No verlo de este modo, significa sucumbir a las propias limitaciones.



Paola Borboni y Gina Sanmarco en la escena del juzgado y Filippo Scelzo en su formidable interpretación de "Pietro Manconi", vistos por Vernazza.